

nial desde los años 1860, emulando una imagen inspirada en la ciudad burguesa de parques y bulevares, que el prefecto G.E. Haussmann emblematisó en el París del Segundo Imperio. Además de la nueva sociabilidad desplegada en Palermo y Recoleta, los atropellados cambios en los mercantilizados valores de la burguesía porteña, en medio de la inmigración babélica que la hiciera alcanzar 663.000 habitantes para 1895, aparecen ya reportados para el caso de Buenos Aires en novelas como *La gran aldea* (1884), de Lucio López; *La bolsa* (1891), de Julián Martel (pseudónimo de J.M. Miró); o *Quilito* (1892), de Carlos María Ocantos. Conster-nado frente a los primeros síntomas metropolitanos de la ciudad que devino capital federal en 1880, bien expresa un personaje de la novela de López el fin de la cultura aldeana y colonial que durara hasta la temprana república: «En fin, yo, que había conocido aquel Buenos Aires de 1862, patriota, sencillo, semitendero, semicurial y semialdea, me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas que perdía su tiempo en *flanear* en las calles, y en el cual ya no reinaban generales predestinados, ni la familia de los Treveño, ni la de los Berrotarán»¹⁰.

La emergencia de la «ciudad burguesa» que sustituyera a la «ciudad patricia» en Latinoamérica –para utilizar así los períodos de José Luis Romero¹¹– origina distintas reacciones en el sujeto literario. Aunque con frecuencia por analogía con la realidad metropolitana que sólo podía darse en ciudades como París, Londres o Nueva York, existe una suerte de *flânerie* que reporta –en la tónica de Baudelaire, Simmel o Benjamin– el mercantilismo, el anonimato y el cosmopolitismo de *boulevards* y avenidas, *promenades* y arcadas; es lo que Julio Ramos ha resumido como «retórica del paseo», a propósito de la crónica urbana de las *Cartas de Nueva York o Escenas norteamericanas* (1881-92), del cubano José Martí. Por contraposición a la chata realidad parroquiana de la que ellos provenían, el «amor de ciudad grande» puede sentirse en algunos poemas de *Azul* (1888), o en pasajes de las *Peregrinaciones* (1901), del nicaragüense Rubén Darío; así como en las crónicas parisinas y en *El encanto de Buenos Aires* (1914), del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo¹². La evasión estética hacia las

¹⁰ Tres épocas de Buenos Aires. Lucio V. López, *La gran aldea*; Alberto M. Rossi, *La camisa de once varas*; Arturo Cancela, *Tres relatos porteños*. Madrid: Aguilar, 1953, p. 138.

¹¹ José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976). México: Siglo Veintiuno Editores, 1984.

¹² *Hago uso aquí de las tendencias distinguidas por Sonia Mattalía, «Sueño y desilusión de la modernidad: imágenes de la ciudad en el fin de siglo latinoamericano», en Beatriz González, Javier Lasarte, Graciela Montaldo, María J. Daroqui (comp.), Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1995, pp. 519-31, 525.*

grandes y sofisticadas ciudades, sobre todo europeas, puede verse como rasgo característico del modernismo latinoamericano, tal como se evidencia, por ejemplo, en la novela *De sobremesa* (1895), del colombiano José Asunción Silva, así como en *Ídolos rotos* (1901) y *Sangre patricia* (1902), del venezolano Manuel Díaz Rodríguez¹³. Acaso por ello, el protagonista de Silva nos incluye la europeizada renovación urbana de la urbe criolla, dentro de su ensoñado proyecto republicano: «La capital, transformada a golpes de pica y de millones –como transformó el barón Haussmann a París– recibirá al extranjero con todas las flores de sus jardines y las verduras de sus parques...»¹⁴.

Si bien emergiera desde finales del XIX, como bien ha señalado Mattalía, un «nuevo tipo de sujeto: urbano, hiperestésico, ansioso, necesitado de estabilidad y, al mismo tiempo, glorificador de la vorágine y el cambio», también la condición «omnívora» de la nueva realidad urbana produjo su crítica naturalista en *Santa* (1903), del mexicano Federico Gamboa; así como revivió el «amor de ciudad pequeña», observable en *Lucía Jerez* o *Amistad funesta* (1895) de Martí¹⁵. Bien captado por Jorge Romero a propósito de la aburguesada comedia humana carioca que nos pinta Machado de Assis en su *Quincas Borba*, la remembranza de la provincia alimenta también las «saudades de Iguazu», que entre noviazgos, lecciones de piano y francés, asaltan a la casadera Maria Benedita, apurada por sus parientes capitalinos a adquirir a aquellos «adornos de uma educaçao de sala»¹⁶.

Arielismo y materialismo

La literatura novecentista, principalmente el ensayo, se ocupó también de la vocación y el destino cultural de Latinoamérica, liderado por las grandes ciudades sujetas a la creciente y materialista influencia anglosajona en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Después de la derrota de España ante el Coloso de Norte, Rubén Darío había declarado su odio contra los

¹³ A propósito de algunos autores venezolanos, he planteado esta tesis de la «evasión urbana del modernismo» en A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano, I*, pp. 43-54.

¹⁴ José Asunción Silva, *De sobremesa* (1895), prólogo de Gabriel García Márquez. Madrid: Hiperión, 1996, p. 84.

¹⁵ S. Mattalía, «Sueño y desilusión de la modernidad...», pp. 521-22, 525.

¹⁶ Joaquim Machado de Assis, *Quincas Borba* (1892). Porto Alegre: L&PM Pocket, 2002, pp. 114-15. Jorge Romero León, «Fotógrafos y escritores. Pintores de la vida moderna», en Sueños e imágenes de la modernidad. América Latina 1870-1930. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1997, pp. 18-31, 22-23; J. Romero León, *Retórica de imaginación urbana...*, pp. 60-64.

yanquis «bárbaros» que habían humillado a «la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América»¹⁷. Con el fundamento de libros como *The Control of the Tropics* (1898), del sociólogo británico Benjamin Kidd, que abogaban por el establecimiento de protectorados angloamericanos en las antiguas colonias de Europa continental, los presidentes McKinley y Roosevelt continuaron su política expansionista en el Caribe, mientras los intelectuales latinos se veían obligados a hacer un balance de los errores de casi un siglo de vida republicana. Envuelta como estaba Venezuela en la bancarrota y en problemas limítrofes, los venezolanos estuvieron entre los primeros en buscar respuestas a las cuestiones geopolíticas, tal como se ve en los opúsculos *El continente enfermo* (1899) de César Zumeta, e *Imperialismo norteamericano* (1899), de Pedro Manuel Arcaya. Pero fue *Ariel* (1900) del uruguayo José Enrique Rodó, el manifiesto que invocó la herencia cultural de Latinoamérica para hacer frente al materialismo del nuevo siglo, retomando el personaje de Shakespeare como caracterización de la noble espiritualidad que las jóvenes repúblicas latinas debían oponer al Calibán utilitario que se agigantaba en el norte. Ello implicaba también, en clara alusión a Buenos Aires, alertas a las ciudades latinoamericanas «cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente» las colocaban entre las grandes capitales del mundo, porque esas urbes estaban llamadas a convertirse en exponentes seculares del mercantilismo de Sidón, Tiro y Cartago. Las ciudades latinoamericanas debían cuidarse no sólo del materialismo que surgía en las bolsas de Chicago, sino también de la dependencia de Nueva York en tanto Roma del Nuevo Mundo¹⁸.

Continuando su rol decimonónico de madrina civilizadora de las repúblicas americanas, la Francia de la *Belle Époque* fue invocada de nuevo como una de las principales aliadas para confrontar el materialismo del siglo XX. La égida cultural francesa entre los intelectuales latinos de la «Bella Época» se confirmaba en el culto a París como metrópoli, llevado al extremo por los modernistas. «La moda tiene en París su imperio, y los sombreros de nuestras mujeres son flores grandes de un árbol que sólo crece allá. Francia nos enseña, nos domina, y sobre todo eso nos da algún poco de vino de Champaña. París es el centro de nuestras aspiraciones. Mentalmente somos suyos; aguardamos que nos dirija una mirada, que nos descubra...», había sentenciado Darío a finales del siglo XIX¹⁹. Aunque

¹⁷ Rubén Darío, «El triunfo de Calibán» (1898), en *El modernismo y otros ensayos*, ed. Iris M. Zavala. Madrid: Alianza Editorial, 1989, pp. 161, 166.

¹⁸ José Enrique Rodó, *Ariel* (1900). Buenos Aires: Clásicos de «Ayer y Hoy», 1969, pp. 126, 136.

¹⁹ Rubén Darío, «Del amor de París y de la caña de azúcar, del café y de los cueros en el rastacuerismo», *El Cojo Ilustrado*, VIII, 170, Caracas: enero 1, 1899, pp. 78-79.

por razones menos esteticistas y más técnicas, económicas o políticas, la necesidad de mirar a Francia y a Europa en tanto fuente de la civilización occidental fue planteada en *El porvenir de la América Latina* (1911), del argentino Manuel Ugarte, seguido de *Las democracias latinas de América* (1912) y *La creación de un continente* (1913), del peruano Francisco García Calderón, la primera de cuyas obras fue originalmente publicada en francés. Prolongado por varias décadas en el pensamiento latinoamericano, ese «“modernismo” político» heredado del *Ariel*, resonaría todavía en las *Preguntas a Europa* (1937) y hasta en *La esfinge en América* (1953), del venezolano Mariano Picón Salas²⁰, cuya generación tuvo, a la luz del formidable ejemplo de los Estados Unidos en la Segunda Guerra, que superar el maniqueísmo historiográfico, económico, político y urbano que aquel arielismo conllevaba.

Positivismo y ciencias sociales

Revisando algunas obras de corte más monográfico y científico, Richard Morse trató de ejemplificar cómo las tendencias decimonónicas de la historia y de las ciencias sociales europeas, también encontraron resonancia en otro grupo de pensadores latinoamericanos que, sin estar centrados propiamente en la ciudad, se ocuparon de ella en tanto principal heredera de las estructuras sociales y territoriales de la Colonia. En un panorámico y penetrante texto, Morse articuló las preocupaciones evolucionista y positivista a la vez, por indagar cómo aquellas estructuras coloniales podrían asimilar la modernización del nuevo orden industrial; el profesor norteamericano ilustró con maestría esa inquietud a través de obras diversas como *La miseria en Bogotá* (1867) y *Retrospecto* (1896) de José Samper; la *Sociología de Lima* (1895-1902) de Joaquín Capelo, inspirada en los principios de Herbert Spencer; y *La ciudad indiana* (1900) del argentino José Agustín García, influida por fuentes intelectuales tan diversas como Comte, Tarde, Le Bon y Simmel, entre otros. A ese «organicismo positivista» adicionó Morse la «imaginación estética» que se cuela en los análisis de obras representativas de las ciencias sociales emergentes; así por ejemplo en *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú* (1929) de Jorge Basadre; en *Sobrados e mucambos* (1936) de Gilberto Freyre; y en la *Radiografía de la pampa* (1933) y *La cabeza de Goliat*

²⁰ Mariano Picón Salas, «Para una historia de América», en Europa-América. Biblioteca Mariano Picón-Salas. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1996, t. V, p. 237.